

Madres de los 70, hijos de los 90

*Elena de la Aldea**

*A quien sueña de día y sueña de noche,
sabiendo todo sueño sin razón,
pero sueña siempre, sólo para sentirse
viviendo tener corazón.*

FERNANDO PESSOA

EN ESTAS LÍNEAS quisiera compartir una travesía de miradas, apuestas y desconciertos. Desde dentro de la situación y formando parte de ella quiero reflexionar sobre las repetidas quejas de padres, docentes y adultos en general sobre la pasividad y la falta de motivación de los jóvenes de hoy.

Quizás el modo de iniciar esta reflexión sea empezar por escuchar nuestras propias preguntas: ¿Qué madres queríamos ser? ¿Qué hijos queríamos tener? ¿Quiénes éramos aquellas madres y quiénes somos hoy? ¿Y los hijos? ¿Quiénes son nuestros hijos? ¿En qué pliegue oculto nos asalta el desencanto? ¿Qué nos decimos acerca de lo que hicimos mal? ¿Qué sujeto constituimos y en qué historia los inscribimos? ¿Qué de esa historia nos incumbe? ¿De qué somos responsables?... ¿De qué culpables?

* Psicóloga, analista de grupo egresada de AMPAG; asesora internacional en trabajo comunitario en Quebec y Guatemala; profesora en la Maestría de Salud Mental Comunitaria, de la Universidad Nacional de Lanus, profesora en la Maestría de Salud Mental de la Universidad de Entre Ríos; docente del posgrado de Uso Indebido de Drogas, de la Universidad de Buenos Aires.

En este tiempo de hoy, ¿cuál es el desasosiego?, ¿cuál el suyo?, ¿cuál el nuestro?, ¿cuál la queja?

Oír estas preguntas nos lleva allá lejos en el tiempo. ¿Fue acaso una soberbia infinita la nuestra? ¿Con qué no contamos? ¿Qué hacía falta en los 70 para vivir? Tiempos de grandes propuestas, movimientos de masas, héroes y traidores, Tlatelolco y Mayo del 68, gobiernos progresistas, golpes de Estado, represiones feroces, fe en la técnica y en el progreso.

¿Qué hace falta para vivir, en “la aceleración del tiempo histórico, la proliferación expresiva en ‘éxtasis comunicativo’ a escala global, la mezcla de etnias y códigos culturales, la creciente indeterminación del futuro y los procesos vertiginosos de recomposición global” según pinta los 90 Martín Hopenhyan?

¿De quién éramos hijas aquellas mujeres de los 70? Mujeres curiosas, ávidas de cambios, intrépidas, sufragistas, nuestras madres, reconocían su ser mujer nueva en el futuro que encendían en los ojos de sus hijas, nosotras. “Anarquismo y puntillas de bolillo” pintaba a mi madre. Delicada y aguerrida, cruzaba océanos en busca de universidades posibles para su hija, como mi abuela cruzó España, en carreta, buscando libros para sus hijos. Y llegó a América... La América... No hizo La América, nos hizo a nosotras que quisimos cambiar y hacer otra América. Nosotras tampoco hicimos otra América, pero lo intentamos y en el intento nos nacimos una vez más.

También hubo otras caras de nuestras madres, caras más temerosas, más encerradas, dependientes de maridos patriarcales, mirando asustadas una sexualidad que se abría ya incontenible como jazmín encendido.

Todas las generaciones desafían. Tan veloz es este tiempo que hasta las generaciones trastabillan y tropiezan en su carrera.

¿A qué nos oponíamos entonces? ¿A qué se oponen ahora? ¿Se oponen? ¿Qué caminos impensables toma hoy el embate generacional?

Se da lo que se encuentra en falta en sí mismo. No siempre, más bien casi nunca, esto que damos es lo que el otro necesita. Eso que nos faltó y que dimos a manos llenas. ¿A dónde fue a parar? ¿En qué alquimias de sentido se deslizó? Quizás se lo devolvíamos, con

agradecimiento y desafío a nuestros padres en la creencia de que ese era lugar de hijo.

Subjetividad la nuestra que se construyó con las esquirlas del estallido de la modernidad, en brazos de las revoluciones latinoamericanas que germinaban en todos los balcones.

Las herramientas que les dimos para construir mundo servían para "otro" mundo y aun así habría que ver si servían tanto...

¿Qué les pedíamos a estos hijos en las tertulias íntimas de madres comprometidas en las luchas sociales de aquellos tiempos?:

"Sólo quiero que sea capaz de bancarse la angustia", pedía Graciela de Pablo

"Quiero que sean libres" decía yo con el corazón en el frente de Valencia.

"Quiero que no tenga miedo" susurraba Teresa cebando mate.

"Quiero que sea el mismo en todo lugar" se ensoñaba Beba.

"Quiero que se la juegue" decía Luisa increpando fantasmas, sólo visibles a sus ojos.

"Quiero que no sea dependiente" pronunciaba la Negra recordando su infancia.

"Que sea solidario y creativo" y así seguíamos desgranando futuras nostalgias.

¿Qué pidieron nuestros padres a las hadas sobre nuestras cunas?:

Que sea trabajador

Que sea honesto

Que no le falte nada

Que sea inteligente

Que encuentre una buena mujer

Que sea sano

Que se case bien (si era mujer)

Que la haga en la vida

Un título y un vestido de novia resume, contundente, una amiga.

Cuando pienso en tanto ruego al destino, nos veo a nosotras, madres de los 70, hurgando en lo más íntimo de nuestros futuros hijos, llevando nuestros deseos mucho más allá de sus acciones, mucho más allá, hacia adentro de lo que nos pidieron a nosotros, hacia la intimidad, hacia sus modos de vivirse, de plantarse, de desear. Nuestra intrusión no dejó resquicio sin marca. No debía ser fácil, quizás no lo es todavía hoy, marcar el propio territorio. Escribir el propio destino ¡qué hazaña! Más hondo, estábamos en el tejido mismo con el que se construyen los deseos, en los hilos con los que se traman. Nuestros padres pretendían el control sobre nuestras acciones, nosotras acceso a la interioridad de nuestros hijos. La pretensión fue, sin saberlo, atravesar el espejo y penetrar detrás de sus ojos.

¿En qué prácticas se asentaron estos mandatos? Antes mismo de que ellos empezaran a saber de qué tenían ganas, ya había preparados, ofrecidos varios lugares dónde hacerlo, tenían que tener todas las opciones. Les decíamos que podían todo y que lo iban a hacer bien. Nos olvidamos de mencionar que del todo tenían que elegir algo, y que una vez elegido tenían que conquistarlo. Nos olvidamos también, nosotras y la sociedad narcisista que se iba gestando en esos años, de valorar el límite y la prohibición, como maestros de vida. Es más, pensábamos que había que evitárselos... ya bastante lo habíamos padecido nosotras.

Muchas veces cuando escucho nuestras reflexiones sobre ellos, con música de queja, pienso si acaso el único modo de oponerse a tamaña intrusión no sea simple y terriblemente el **no desear**. “Yo no soy apasionada, comenta una joven a su amiga y mi mamá no entiende que yo no soy apasionada, cree que estoy deprimida”. Y ahí cae herida de muerte la épica de los 70.

Se puede mirar con distancia casi filosófica el transcurrir del tiempo, del mundo, del tiempo del mundo, se le ve como inexorable casi sin miedo “total ya vamos de salida”. Pero todo se tensa, se potencia, se desasosiega cuando los hijos son los que entran en juego.

Ahí el mundo se pone actual y adquiere una acidez y una exigencia insoportable.

¿Hacia dónde van estos hijos? ¿Quiénes son? ¿Qué necesitan? Se les quiere ayudar, no quieren. Se les propone analizarse, solución casi mágica que nos resolvía, allá y entonces, todos los problemas, bueno... por lo menos les daba nombre de pila y filiación dentro de un universo aceptado, ellos ni siquiera se niegan. El análisis era un Dios a cuyo altar acudíamos confiados y reverentes, hoy es un club más. "Yo tengo un Edipo bárbaro con mi papá" subraya ella, 20 años, risueña.

No se enfrentan, casi no les duele, sólo no pueden, no les sale, no saben dónde están, sobretodo no saben qué quieren, y lo que quieren lo quieren con tan poca convicción que se les va de las manos y entonces cambian y quieren otra cosa. Pero ya "no sé lo que quiero, canta Sumo, pero lo quiero ya".

Tienen habilidad para todo, son buenos en lo que se proponen, pero no se lo proponen. Sufren de falta de pasión, son *light*, no tienen calle, agallas. Pero, acaso ¿no fue eso lo que quisimos? ¿No les pedíamos que fueran sensibles, que no fueran autoritarios? ¿Habrá algo nuevo en el lugar de lo que nombrábamos como pasión?

No respetan nada de lo que nos llevó tanto tiempo, energía y obstinación construir, lo descartan por inadecuado, sin oponerle nada más que un olvido condescendiente.

¿Y hoy qué, hijos amados?... "No se quejen, en el mercado de madres es lo mejor que les pude conseguir" les decía el padre en medio de alguna densa escena familiar. "Y consiguió bastante buena, se ve que buscó bien" responde la hija 20 años después mientras pelea con los parciales de una carrera que cursa mansamente. Para ella, 10 años de cursada es el promedio estadístico para los universitarios 98, para nosotras cuatro años era ya demasiado en la urgencia de la graduación y su después. Para ella el después se desdibuja, para nosotras el después estaba ya ahí, ya vislumbrado. ¿Cómo entenderse con temporalidades moldeadas en fraguas sociales tan disimiles?

Estos hijos de los 90 son luminosos, pero su brillo necesita ser digerido, procesado, aceptado en sí mismo y no como una forma

nueva en un viejo envase. Algo... o mucho tendremos que entender para que estas diferencias, este nuevo modo de reaccionar y de actuar no sea nombrado como enfermedad, enfermedad heredera del defecto, defecto heredero del Mal. Para que otra vez la moral no se instale, esta vez, en nombre del "equilibrio psíquico", desoyendo a Winnicott cuando reclamaba para lo humano la creatividad y no la salud. Nuestra fidelidad a nuestros propios ideales será hoy, pensar "su pasividad", "su desmotivación" en su vertiente productiva y no sólo sintomática.

Sus cuerpos no son de diseño, sus gestos tampoco. De pronto emergen con una sabiduría y una libertad que ni siquiera podría haberse soñado cuando se los soñaba en el vientre y en la espera, en medio de una reunión cautelosa, en un barrio marginal, en un avión hacia el exilio o una celda inclemente.

No son parecidos a ninguna de las fantasías creadas en torno de ellos, son otra cosa. Tienen una violencia a veces apenas soportable, violencia hacia nuestro "aparato de pensar los pensamientos". Su Ley es otra Ley. Su relación con el Deber, no sólo es otra, sino que es otro el Deber, un extraño Deber que no debe, sin dejar por ello de estar en deuda. Su vínculo con la soberanía, con lo que se puede y se debe, violenta nuestros parámetros soberanos.

Nos son desconocidos, admirados. Temidos a veces por su palabra áspera. Son dignos de envidia y provocan suspenso. Detienen el aliento y piden ternura. Son otros, son suaves, osados, oscuros. No se inquietan por la desocupación ni por la imagen y al mismo tiempo se someten a las marcas, al frío de la noche apenas vestidas, a largas colas de espera y a maltratos sin sentido, cuando van a bailar.

Pueden "apapachar" a sus madres, aconsejarlas en sus vicisitudes amorosas pero les cuesta interpretar un texto, hacer un trámite en una oficina o pagar una cuenta. Juntan a Lacan con Osho, Don Juan con Bill Gates. Pueden enseñarnos a navegar por Internet o a usar el Windows 95, pero no saben hacer el presupuesto de sus gastos. Cocinan admirablemente bien, pero no comen si no hay comida

preparada. Ganar dinero, para ellos, es una dificultad más allá de toda recesión, autoabastecerse una exigencia ciclópea.

Toman y dan por otros canales que los conocidos por nosotras, madres aleladas frente a tanta diferencia. ¡Guardémonos de interpretarla en clave de repetición! No es lo mismo hacer una marcha callejera con rostros ceñudos y un Palacio de Invierno por tomar, que hacerlo con disfraces, música de “murga”, “sentadas” en el césped cerveza en mano; no es lo mismo un “operativo” que “el escrache”. Hay otra producción, pero producción legítima al fin en esta modalidad que requiere un código de lectura propio.

Para ellos acontecimiento es lo que sucede aquí y ahora, van en pos de Badiou, sin saberlo. No programan, se dejan suceder, pero despiertos. “Si deseas algo sos de los 70” “Si tenés un proyecto estás encasillado, atado” “Si querés algo quedás encerrado, te quita libertad” afirman Santiago y Mariana, de la mano invisible de Lipovetsky. ¡

¡Son tan nuevos y tan viejos! Alá y el Ahaw los protejan lanzados a la vida en un mundo globalizado y despótico, “les toco, como a todo el mundo, tiempos difíciles de vivir”, les diría Borges, sin siquiera imaginar cuánto.

El gesto de cuidado hacia ellos no tiene forma conocida para nosotras, se inventa cada vez con torpeza y éxito variable. Lo que protegía ya no protege. Lo protector es duro, lo duro es ausencia. Lo ausente esta aquí.

Pienso en Manuel, en Inés, en Sebastián, en Cleo, en Tatiana, en Ernesto, en Gusi, en Emiliano, en Paula. Los admiro, yo no podría hoy saber por dónde empezar a vivir y ellos viven, abren trincheras y planetas, chatean, votan, se dejan arrastrar por la desesperanza, apenas se angustian, rabian.

Saben quién es Suharto y quién Camila O’Gorman. Mezclan códigos, clases sociales, lógicas y paradigmas. Juegan con lo sagrado, guardan respetuoso silencio ante banalidades. Cuidan de la Naturaleza, de la Gaia, son crueles y burlones. ¿Quiénes son? ¿Nos dejarán compartir su futuro? ¿Nos permitirán mirar sus vidas nuevas y recorrer juntos el naufragio de las certezas?

No soporto como fuman, no temo a sus adicciones. Los siento exploradores, no esclavos. Son nietzschetianos sin leerlo, su voluntad de placer va más allá que su mirada. Son camello, león y niño en el curso de un día y a veces al mismo tiempo. Zaratustra abrumado. Hablar con ellos es fascinante, conmovedor, aterrador. Ven películas de violencia inimaginable como si fueran del Pato Donald.

Quizás sólo ellos, constituidos por deseos omnipresentes, prácticas teñidas de ideal, mundos en caos, futuros inciertos sólo ellos, niños y leones, puedan soportar el mundo creado y construir otro.

Ojalá, ellos y nosotras, podamos no renunciar a la crítica de todas las morales sin quedar atrapados en el vacío de fervor, construir sentidos nuevos para nuestros actos y hacer apuestas en las que jugarnos, sin demasiadas garantías. Y podamos recorrer nuestras alegrías y desaciertos con el corazón en la mano y el pensamiento libre, abierto a sus grietas.

NOTAS

- “bancar”: expresión coloquial argentina que significa sostener, soportar, dar contención emocional o material.
- “apapachar”: expresión coloquial mexicana que remite a mimar, cuidar, dar afecto.
- “sentada”: práctica popular para manifestar oposición frente a las autoridades que consiste en sentarse frente a la institución concernida y quedarse todo el tiempo que el grupo decida (o hasta que los saquen).
- “murga”: movimiento popular ciudadano de música y danza del Río de la Plata, que empezó siendo parte de los festejos del Carnaval. En la actualidad en muchos barrios de la ciudad de Bs.As. se han constituido murgas locales, frecuentemente ligadas a equipos de fútbol, Son conjuntos, bastante numerosos, de niños y jóvenes que salen a las calles los días de fiesta a bailar, hacer música y cantar con disfraces muy vistosos.
- “operativo”: término tomado de la jerga militar ejército que usaron los grupos de la guerrilla urbana latinoamericana para designar acciones armadas contra los representantes de poder.
- “escrache”: del lunfardo porteño, quiere decir denunciar, poner en evidencia frente a todos, publicar un hecho ocultado por su carácter punible. Actualmente, en Argentina, modalidad de lucha puesta en práctica en el último año por la agrupación de HIJOS (Hijos en lucha contra la Impunidad y el Olvido, por la Justicia y contra el Silencio). Esta agrupación está compuesta por los hijos de los desaparecidos y víctimas del terrorismo de Estado de la dictadura argentina de los años 76 al 83. Consiste en detectar los domicilios de los asesinos, torturadores dejados en libertad por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, e ir a la puerta de su casa y organizar allí, con los vecinos, ya sea escenas, mímicas, cantos, dramatizaciones alusivas y dejar pintada la calle con el nombre del culpable y los delitos que cometió.